

1. KÓLUMKILLI



Los antiguos libros islandeses relatan que el país fue habitado en los primeros tiempos por hombres del oeste que dejaron tras de sí cruces, campanas y otros objetos semejantes utilizados para la hechicería. Fuentes latinas mencionan algunos hombres que navegaron hasta aquí desde las tierras del oeste en los primeros tiempos del papado. Llamábase su jefe Kólumkilli el irlandés, un gran hechicero. En esos días, esta tierra poseía grandes bondades. Pero cuando los hombres del norte se asentaron aquí, esos hechiceros del oeste huyeron del país, y narran antiguos escritos que Kólumkilli, deseoso de venganza, arrojó sobre las nuevas gentes la maldición de que jamás prosperarían en esta tierra, y otras de la misma suerte, lo que más tarde se cumplió en buena medida. Mucho después, los hombres de Islandia se desviaron de la verdadera fe y volvieron a las hechicerías de pueblos extranjeros. Todo quedó confuso en Islandia, los dioses de los hombres del norte fueron objeto de burla, y se adoptaron nuevos santos, algunos de las tierras del este, otros de las tierras del oeste. Dice la historia que entonces erigieron una iglesia a Kólumkilli en el valle donde más tarde estaría la granja Albogastaðir, en los páramos. Fue la mejor granja de la antigüedad. Jón de Útirauðsmýri²

² Este nombre aparece muchas veces abreviado en Rauðsmýri o simplemente Mýri.

(Reykdalín) recogió muchos testimonios del tiempo en que la granja fue arrasada por las grandes apariciones fantasmales de 1750. El gobernador en persona fue testigo de vista y oído de los extraños sucesos que allí acaecieron, y están relatados en su bien conocido cuento del demonio de Albogastaðir. En la granja se oyó al diablo hablar con estentórea voz desde mediados de *þorri*³ hasta Pentecostés, y las gentes huyeron hacia la aldea; pronunció su nombre al oído del alcalde dos veces, pero respondió a otras preguntas, por las palabras que pudo entender el gobernador, con horripilantes versos latinos y palabras obscenas que no han de repetirse.

La historia más famosa sobre esta pequeña granja se remonta muy atrás, a los tiempos de antes del alcalde Jón, y no es inadecuado recordarla una vez más para el solaz que puedan obtener quienes no recorrieron los pastizales junto al río, donde los siglos se siguen uno a otro en senderos despejados de vegetación por los caballos de tiempos pasados, y para contemplar las viejas lomas de la granja del pantano mientras cruzan el valle.

Eso no pudo suceder después de los últimos tiempos del ministerio del obispo don Guðbrandur; para entonces vivía un matrimonio en la granja Albogastaðir del Páramo. No se menciona el nombre del esposo, pero su mujer se llamaba Gunnvör o Guðvör. Era ella muy engreída, dada a la brujería y vista como mujer capaz de cambiar de forma, y estaba siempre muy por encima de su esposo, a quien todos consideraban un inútil.

No les fue bien a los esposos, que apenas tenían braceros, y corren voces de que la mujer no permitió al marido criar a sus hijos, que nacían en gran número. A algunos los ponían bajo una losa plana en la montaña, y desde esa montaña pueden oírse aún sus gemidos a principios de la primavera, cuando la nieve empieza a fundirse, y a otros les ataban una piedra y el esposo los arrojaba

³ Mes del antiguo calendario islandés; aproximadamente del 20 de febrero al 20 de marzo.

al lago, y del agua puede oírse aún sus llantos cuando luce la luna a mediados del invierno, sobre todo si hay hielo y fuerte viento.

Pero a medida que la señora Gunnvör fue envejeciendo, afirma la historia que tenía gran sed de sangre humana. Es más, tenía hambre de tuétano humano. Dícese también que tomaba sangre de sus hijos cuando los paría, y la bebía con su boca. Mandó hacer detrás de la casa una tarima para practicar la magia negra, y cantaba allí al demonio Kólumkilli las noches de otoño entre fuego y humo.

Se dice también que, en cierta ocasión, el esposo intentó escapar y hacer saber a todos los granjeros la perversa conducta de su mujer, pero ella lo persiguió y lo hizo subir a la loma de Rauðsmýri, donde lo golpeó con una roca y mutiló su cadáver, conservó los huesos en su tarima, mas dejó la carne y las entrañas sobre la loma como comida para las aves, e hizo saber por la comarca que había perecido intentando recoger ovejas perdidas en la montaña.

Y, a partir de entonces, la señora Gunnvör empezó a prosperar y a acumular riquezas gracias a su trato con Kólumkilli, y adquirió buenos caballos.

En ese tiempo se viajaba mucho por la comarca, tanto en el invierno, cuando los hombres iban a pescar bajo el hielo, como en la primavera, cuando los hombres iban allí para adquirir pescado seco desde otras regiones del país. Pero, con el paso del tiempo, los habitantes del distrito empezaron a comentar entre ellos que, desde el momento en que adquirió gran número de caballos, la señora Gunnvör ya no acogía con el buen ánimo de antes a quienes la visitaban. Y aunque fuera mujer de asistencia a la iglesia, como era costumbre en aquellos tiempos, se cuenta en los anales que su persona había cambiado a peor después de la misa en la iglesia de Rauðsmýri el día de Pentecostés.

No hay que extenderse en palabras, pero diremos que corrían historias sobre el destino del esposo de esa mujer, y que ella asesinaba a hombres, a unos por su riqueza, a otros por su sangre y las

médulas de sus huesos, y que perseguía a algunos a caballo por las montañas. Pues resulta que en Albogastaðir se ve un lago al sur del valle, aunque no muy alejado de la granja, llamado Ígulvatn y, a día de hoy sigue llevando ese nombre. La señora mataba a sus huéspedes en noche cerrada tal como ahora se cuenta: se acercaba a ellos con una daga cuando estaban dormidos, les rajaba la garganta, los desmembraba y usaba sus huesos como juguetes para ella y para el demonio Kólumkilli. A algunos los perseguía por el páramo y los atacaba con su daga, cuyo filo centelleaba, y así acababa con ellos, y estaba dotada de la fuerza de muchos hombres y además contaba para sus trabajos con el apoyo del diablo. Aún se pueden ver restos de sangre en la nieve, sobre todo cuando se acerca la Navidad. Y llevaba los cadáveres al valle, los ataba a una roca y los hundía en el agua. Luego se apropiaba de los bienes de sus invitados, sus ropas y caballos y dinero, si los tenían. Sus hijos eran todos idiotas y ladraban como los otros perros en el tejado de la granja, o se sentaban en el umbral como tontos, con media sonrisa repugnante, y mordían a la gente, pues el demonio les había arrebatado el habla y la inteligencia de las personas. Por eso, aún hoy se canta a los niños esta nana en toda la comarca, a ambos lados del páramo:

Nadie visitaba a Gunnvör
con sus ropas buenas,
al Ígultjörn los arrastra
y tralalá.
Corre sangre en el sendero
y te acuno, criaturita.

Nadie visitaba a Gunnvör
si un buen caballo tenía,
qué bien centellea la daga
y tralalá.

Corre sangre en el sendero
y te acuno, criaturita.

Nadie visitaba a Gunnvör
si roja sangre tenía,
nadie con médula en sus huesos
y tralalá.

Corre sangre en el sendero
y te acuno, criaturita.

Nadie visitaba a Gunnvör
si a Dios temía,
me rompió costillas clavículas y las manos
y tralalá.

Corre sangre en el sendero
y te acuno, criaturita

Si confías en Kólumkilli,
esto es lo que te dirá:
médula y sangre, médula y sangre
y tralalá.

Corre sangre en el sendero
y te acuno, criaturita.

Pero finalmente salieron a la luz los crímenes de la señora Gunnvör, y se supo que había causado la muerte de muchos hombres, mujeres y niños, y que por las noches cantaba al demonio Kólumkilli. Fue juzgada en la asamblea del distrito y se le quebraron los huesos en la puerta de las almas de la iglesia de Rauðsmýri, en la fiesta de la Trinidad, se le cortaron piernas y brazos y al final fue decapitada, y se comportó bien en su muerte, y al fenecer lanzó contra la gente inconcebibles maldiciones, y su torso, cabeza y miembros fueron reunidos en un saco y llevados sendero arriba

hasta la loma que hay al oeste de Albogastaðir y metidos en un túmulo en el punto más alto. Aún hoy puede verse allí su túmulo, cubierto ahora de hierba y que más tarde se llamó Túmulo de Gunna. El viajero arroja piedras al túmulo la primera vez que pasa por la loma, creyendo que así evita los horrores, y algunos arrojan la piedra al túmulo cada vez que pasan por el camino, creyendo así conseguir paz.

Pero si tan perversa parecía la señora Gunnvör en su vida viviente, su proceder se hizo aún peor después de su ejecución; pensó ella que no era feliz en el túmulo y echaba de menos su granja. Despertó, y con ella a los hombres a los que había asesinado, mujeres y niños también, y la gente de Albogastaðir no tenía sosiego porque sufría gran agitación cuando empezaba a oscurecer. En la forma conocida se dedicó a atormentar a vivos y muertos, y podíanse oír siempre en la granja gritos y alaridos en cuanto anochece, como si un sinnúmero de almas atormentadas se apiñaran en el tejado y las ventanas por su gran miseria y escasa paz, y a veces era como si brotara de la tierra un fetidísimo hedor a azufre, y el olor atravesaba todas las edificaciones de la granja de modo que la gente se asfixiaba, y los perros se peleaban como si estuvieran furiosos. A veces, Gunnvör cabalgaba por las noches con tal horror que se tronchaban los árboles, y al final resultó que ningún edificio parecía lo bastante seguro para su azote y sus repugnantes cabalgadas. Atacó también a hombres y ovejas, y aplastaba vacas, enloquecía a niños y mujeres y se mofaba de ancianos, y no era vencida por bendiciones ni conjuros. Dice la historia que al final se recurrió al sacerdote de Rauðsmýri para que la doblegara, y ella entonces corrió a la montaña obligada por su sublime sabiduría, y allí arriba abrió una grieta. Algunos creen que se quedó a vivir en la montaña, así que no es improbable que lo hiciera en figura de trol. Otros cavilan que pasa mucho tiempo en el lago, en figura de monstruo, como una especie de antiquísimo reptil, y mucha gente asegura que el monstruo lleva muchas generaciones

viviendo en el lago y que se producen muchas visiones, atestigüadas con juramento incluso por quienes no son adivinos. Dicen algunos que el engendro ha arrasado tres veces Albogastaðir, dicen otros que siete veces, hasta que ningún campesino se arriesgó a seguir allí, y la vivienda se arruinó por las arremetidas constantes de demonios de diversas formas, y en tiempos del gobernador Reykdalín se añadió a Útirauðsmýri a todos los efectos, primero como aprisco de invierno, y de ahí llegó en tiempos posteriores a llamarse Veturhús,⁴ y después se usó de establo de corderos.

⁴ Casa de invierno.

2. LA TIERRA



En una loma baja del pantano hay viejas ruinas de casas.

Quizás esa loma no sea obra de la naturaleza excepto en un sentido especial, quizás sea obra de campesinos muertos hace mucho que, generación tras generación, construyeron sus granjas en un talud de hierba junto al arroyo, sobre las ruinas de otra. Pero ahora, y desde hace siglo y medio, es un redil, aquí balan los corderos desde hace más de cien primaveras. A cierta distancia de la loma herbosa, sobre todo hacia el sur, se abren extensos cenagales con alguna que otra loma cubierta de brezo, y frente a la garganta de Rauðsmýri cae un riachuelo hacia las ciénagas, y otro desde el lago del este por los valles del brezal oriental. Al norte de la loma herbosa se precipita una escarpada montaña con derrumbes y franjas de brezales entre los derrumbes y, en un lugar bajo los derrumbaderos, donde la montaña está rajada, hay una garganta en medio del basalto, y en primavera allí se precipita una cascada larga y estrecha. En ocasiones sopla viento del sur sobre la cascada y la hace volar, desviándola, hacia el borde de la montaña. Allí, la cascada se eleva. Y bajo la montaña hay peñascos desperdigados por todas partes. Esta extensión de la loma, donde antes se alzaba la granja Albogastaðir del Páramo, ha recibido desde hace generaciones el nombre de Veturhús.

Un arroyuelo desciende por el prado de la loma, y traza un semicírculo en el prado; es claro y frío y nunca se seca, y en verano

los rayos del sol juegan en su alegre corriente y los corderos se tumban a rumiar en la orilla, con una pata estirada sobre la hierba. El cielo es azul entonces. Reluce bello sobre el lago de los cisnes, y los ríos trucheros se remansan en el pantano. En esos días cantan las ciénagas y las turberas.

El valle está rodeado por todas partes por lomas y páramos. Al oeste hay una baja loma y la primera granja, al otro lado, es la llamada Útirauðsmýri, Rauðsmýri o Mýri, la residencia del alcalde, a quien pertenecía este valle herboso hasta ahora. Más allá comienzan amplias zonas pobladas. En el páramo del este, que es donde está la carretera que lleva a la ciudad del fiordo, hacen falta cinco horas de caballo para ir de una granja a la siguiente. Al sur se alzan en el valle pequeños páramos y brezales ondulados que van elevándose hasta donde las Bláfjöll,⁵ las montañas azules, ocultan el horizonte, es como si las montañas se sumergieran en el cielo para desvanecerse en él, y rara vez las abandona la nieve antes de la fiesta de San Juan. ¿Y qué hay más allá de las Bláfjöll? Solo páramos intransitables.

Y los vientos de primavera soplan sobre el valle.

Y cuando los vientos de primavera soplan sobre el valle, cuando el sol de primavera brilla sobre la hierba marchita de las orillas del río y sobre el agua y sobre dos blancos cisnes del lago, y los primeros brotes de primavera surgen de pantanos y canales ¿quién creería que este plácido valle cubierto de hierba estuviera meditando sobre nuestra historia de tiempos pasados y sus monstruos? Los hombres cabalgan junto al río por donde caballos de otra época, siglo tras siglo, fueron abriendo senderos en estos amplios terrenos, mientras la fresca brisa de primavera atraviesa el valle bajo la luz del sol. En días como este, el sol es más fuerte que el pasado.

⁵ Pequeña cadena montañosa situada en el suroeste de Islandia, a unos treinta kilómetros de Reikiavik

Una nueva generación olvida los espectros que pueden haber torturado a las antiguas.

¿Cuántas veces fue destruida Albogastaðir del Páramo por los espectros? ¿Cuántas fue reconstruida de nuevo, pese a los espectros? Siglo tras siglo llega de la región el campesino solitario dispuesto a probar fortuna en esta loma herbosa entre el lago y la grieta de la montaña, decidido a enfrentarse a las violentas potencias que oprimen la tierra con sus embrujos y exigen su sangre y su médula. Una vez y otra, el campesino solitario alza su ira, despreciando a las potencias que reclaman sus miembros y su destino hasta el último suspiro. La historia de los siglos en el valle es la historia del hombre independiente que lucha con las manos vacías contra espectros cuyos nombres cambian con el tiempo. A veces, el espectro es un demonio medio celestial que ha lanzado una maldición sobre sus tierras. A veces le rompe los huesos con furia de norna.⁶ A veces hace enloquecer a su gente disfrazado de fantasma. A veces deshace su granja bajo la forma de un monstruo. Pero siempre es el mismo espectro que hostiga al mismo hombre, siglo tras siglo.

—¡No! —exclama él, obstinado.

Es el hombre que se dirige hacia Albogastaðir del Páramo siglo y medio después de que la granja fuera destruida por última vez. Y cuando pasa por delante del túmulo de Gunnvör, en el montículo, escupe con fuerza y dice:

—Maldita la piedra que me pides, basura —y se niega a darle una piedra.

Su movimiento es respuesta al fuerte viento, su paso lo es a la tierra irregular bajo sus pies, y va acompañado de una perra amarillenta, una perra de trabajo, con hocico flaco y llena de piojos, pues se tira al suelo con frecuencia, se muerde con ansia y se revuelca entre los montoncillos de hierba con esa peculiar inquietud que caracteriza a los perros piojosos. Y es una perra malnutrida,

⁶ Deidad femenina en la mitología nórdica.

ya que mastica hierba. También está claro que tiene gusanos. Y el hombre aprieta la cara contra el fresco viento de principios de mayo. El sol brilla sobre las erguidas crines de antiguos caballos y en el viento suena el fragor de cascos desaparecidos años atrás, caballos de tiempos antiguos en los senderos de la orilla del río, siglo tras siglo, generación tras generación, un camino que aún es transitado... Él vuelve a pasar por allí, con su perra, valeroso, el más reciente dueño de esas tierras, un colonizador de Islandia de trigésima generación, y se detiene en el camino de los siglos, y pasa los ojos por su valle a la luz del sol de primavera. Se acerca entonces la perra y le hace carantoñas. Mete su flaco hocico en la dura manaza del hombre, lo deja allí un rato y sigue moviendo la cola y el cuerpo, y el hombre mira con sabiduría al animal un momento. Responde a la sumisión de su perro riendo de buen ánimo, alegre por su propio poder, y de pronto le invade el más elevado sueño de la naturaleza humana, como un general que contempla a su ejército invencible y sabe que puede conducirlo a la victoria, y pasa un breve rato y la perra se sienta en la hierba amarillenta de la orilla, delante de él, y lo mira como preguntando, y él responde:

—Sí, lo que el hombre busca, lo encuentra... en el perro.

Sigue hablando consigo mismo tras desviarse del camino hacia el pantano, en dirección al hogar, hacia el prado vallado de la casa, lo repite para sí en varias versiones: Lo que el perro busca, lo encuentra en el hombre; buscad y hallaréis. Se inclina y toca con sus delgados dedos las briznas que surgen del pantano y las mide entre los dedos, arranca unas briznas de la ciénaga, les limpia el lodo en sus pantalones y se las mete en la boca como un cordero, y piensa mientras mastica, y empieza a pensar como un cordero. Tiene un sabor agrio, pero no la escupe, la masca con ruido y nota el sabor de la raíz en la garganta; esto ha salvado muchas vidas después de un invierno largo y con poco heno, contiene una especie de miel aunque sepa amarga. Es esta hierba del lodazal la que da la vida a los corderos en la primavera, y son los corderos los

que dan vida a la especie humana en el otoño. Y el hombre sigue hablando de esas briznas de hierba, confundiéndolas con su filosofía en múltiples variaciones, hasta que llega al pequeño prado del redil. Se pone en pie sobre la loma, en su punto más alto, como un antiguo colonizador que ha encontrado las columnas del trono donde alzará su casa, y mira alrededor, orina, primero hacia el norte en dirección a la montaña, luego hacia el este sobre los cenagales y el agua donde el río cae sobre el brezo desde el lago a través del pantano, y sobre los páramos al sur, donde las Bláfjöll ocultan el horizonte desvanecido, aún cubierto de nieve. Y el sol brilla en el páramo.

En lo alto de la loma hay dos corderos de Útirauðsmýri paciendo en el verde prado del redil, y los asusta para que se marchen; aunque pertenezcan a su señor, los expulsa de su propio prado por primera vez: estas tierras son mías.

Pero entonces, como si lo pensara más despacio —tal vez las tierras no estén completamente pagadas—, en vez de dejar que la perra los persiga, la maldice. Y sigue observando el mundo desde su propio prado, ese mundo que ha comprado. El verano está alzándose sobre este mundo.

Por eso le dice a la perra:

—No puede ser que esta granja se llame Veturhús, eso no es un nombre. Y Albogastaðir del Páramo... eso tampoco es un nombre, es como algo sacado de alguna leyenda popular de tiempos del papa ese de Roma. Maldita sea mi estampa si permito que mi granja lleve esa clase de nombres, que van unidos a los espectros de antaño. Yo me llamo Bjartur.⁷ Por eso, la granja tiene que llamarse Sumarhús.⁸

Y Bjartur de Sumarhús recorre su propio prado, estudia las ruinas cubiertas de verde, observa las piedras de las paredes del redil, las derriba en el pensamiento y vuelve a construir el mismo tipo de granja en la que nació y se crió, al este del páramo.

⁷ Luminoso.

⁸ Casa de verano.

—No está todo construido aún —le dice en voz alta a la perra, como si hubiera albergado la sospecha de que estaba haciéndose ideas demasiado elevadas—. Créeme, la libertad vale más que la altura de los techos de la granja, para ello he estado trabajando durante dieciocho años. Quien posee su propia tierra es un hombre independiente en este país. Nadie puede ordenarle nada. Si yo saco adelante mis ovejas y pago mis deudas año tras año... pues habré pagado mis deudas; y habré sacado adelante mis corderos. No, es la libertad en el país lo que todos andamos persiguiendo, mi querida Títla. Quien paga sus deudas es rey. Quien saca adelante sus ovejas vive en un palacio.

Y cuando la perra oye estas palabras, también ella se siente feliz. Las nubes han desaparecido del cielo. Echa a correr dando vueltas alrededor del hombre entre juguetones ladridos, se tumba como una cazadora al acecho, con el hocico en el suelo finge que se va a lanzar contra él, pero en el siguiente instante está de pie otra vez, corriendo en círculos.

—Venga, venga —dice él con seriedad—. Nada de jueguecitos. ¿O es que yo me dedico a correr dando círculos y a ladrar? ¿Acaso me tumbo con el hocico en el suelo y ojos de chiquillo dispuesto a atacar a la gente? No, yo he comprado mi libertad por mucho más que eso: dieciocho años trabajando para el alcalde de Útirauðsmýri y su poetisa, y para Ingólfur Arnarson Jónsson, que dicen que anda ahora por Dinamarca. ¿Eran meros paseos por placer los que daba yo por los prados comunales en busca de sus ovejas perdidas, cuando ya estábamos a finales de noviembre? No; y me enterraba en la nieve. Y no tenía nada que agradecer a esa buena gente por haber salido de allí por la mañana, todavía vivo.

Ante esta amonestación, el animal se relajó y se sentó y se puso a mordisquearse el cuerpo.

—Pero nadie podrá decir que contaba mis pasos, pues satisfice mis deudas, pagando la primera cuota para la cabaña ya en la mañana del día de Pascua. Y tengo veinticinco ovejas de

lana y cría, y muchos han empezado con menos, y aún más, han sido siervos de otros toda la vida sin llegar a tener ganado propio. Mi padre llegó a los ochenta sin conseguir librarse de una deuda de doscientas coronas que debía por atención sanitaria al Gobierno de la provincia desde que era jovencito.

La perra lo mira incrédula un momento, como sin creer lo que ve; está pensando en ladrar, pero no lo hace, y se limita a abrir la boca en un largo bostezo, como una pregunta.

—Sí, no se puede esperar que lo entiendas —dice el hombre—. Pobres perruchos, aunque más pobres son las personas. Pero, sea como fuere, peor será si mi Rósa no puede ofrecer a su gente nada más que corvejón cocido de caballo viejo en Nochebuena, después de veintitrés años viviendo aquí, aunque a la poetisa de Útirauðsmýri no le pareciera nada mal; y eso vale para ahora igual que para el año pasado.

La perra había vuelto a mordisquearse con ganas.

—Bueno, no hay que extrañarse de que la perra del trabajador tenga piojos y muerda hierba, cuando incluso la gobernanta lleva veinte años sin ver la llave de la despensa. Y yo me barrunto que los caballos del alcalde, que están siempre a la intemperie, también tendrían mucho que decir, si se les concediera el don del habla, pobres bestias; por no hablar de las ovejas, para las que todos estos años han sido una lucha sin tregua. Y hay a quien le parece bien que las ovejas no tengan sitio en el cielo, pobres.

Desde la montaña descendía el arroyo de la granja más o menos en dirección recta a la loma del redil, y se volvía hacia el oeste en un semicírculo en torno a la loma para continuar su camino hacia el pantano. Había en él dos cascadas de la altura de una rodilla y dos pozas que llegaban también hasta la rodilla. En el fondo había gravilla, cantos rodados y arena. Tenía muchos meandros, y en cada uno de ellos había una música particular, pero no era una música triste; tocaban su música sin prestar atención a quienes pudieran oírlos, y seguirían, aunque no los oyeran durante

cien años, igual que un verdadero poeta. El hombre lo estudió todo pormenorizadamente, se detuvo en la poza más alta y dijo:

—Aquí pueden enjuagarse las medias y los calcetines.

En la poza de abajo dijo:

—Aquí podremos remojar el pescado salado.

El perro alargó el hocico hacia el agua y la lamió. El hombre también se tumbó boca abajo en la orilla y bebió, y se le metió algo de agua en la nariz.

—Es un agua magnífica —dijo Bjartur de Sumarhús, y miró a la perra al tiempo que se secaba el rostro con la manga—. Hasta podría creer que es agua bendita.

Probablemente pensó que con esa afirmación se estaba rindiendo, indefenso, a las potencias ignotas, y de repente se volvió hacia el viento de primavera, dio una vuelta completa y gritó en todas direcciones:

—Da igual, el agua podría no estar bendita: no te tengo miedo, Gunnvör. Te será difícil plantar cara a mi buena fortuna, arpía; no temo a los aparecidos. —Apretó los puños, y aguzó la vista hacia la grieta de la montaña, a las gargantas del oeste, y al lado, y al sur, y jactancioso, entre dientes, como en las antiguas sagas, murmuró—: ¡Jamás lo haré!

Pero la perrita dio un salto y corrió como loca hacia las ovejas que estaban debajo de la loma del redil, y les mordió en los corvejones, pues creyó que el hombre estaba enfadado, en vez de estar simplemente imbuido del espíritu de la modernidad y dispuesto a ser un hombre libre en su propia tierra, un hombre independiente como otras generaciones que se asentaron allí antes que él.

—¡Kólumkilli! —gritó, riendo con desprecio, después de llamar a la perra—, algún payaso les metió esas cosas en la cabeza a las viejas.